

Cuba en la década de los noventa

CUBA EN LA DÉCADA DE LOS NOVENTA, QUE SE ACERCA A SU fin, es la historia de una *frustración*. Lo es al menos para los que apostábamos y seguimos haciéndolo, por una transición a la democracia, pacífica y dialogada, basada en la reconciliación de los cubanos, que nos parece no sólo necesaria sino inevitable tras la desaparición del bloque soviético y con él la constatación del fracaso de los sistemas basados en unipartidismo y economía estabilizada.

Pero lo es sobre todo para el pueblo cubano que lucha por sobrevivir cotidianamente en medio de infinitas dificultades y carencias extremas y generalizadas. Esos once millones de personas que habitan en Cuba deben ser el motivo de nuestras preocupaciones prioritarias.

Nuestras reflexiones deberían, pues, enfocarse a intentar buscar soluciones a los problemas reales que tiene hoy el pueblo cubano y no saldar nuestras propias diferencias o convertir, una vez más, un debate sobre Cuba en una polémica hispano-española, en un enfrentamiento que tendría más de política doméstica que de POLÍTICA, en el sentido más noble de la expresión, en relación a Cuba.

Sostiene el profesor Domínguez, director del Centre for International Affairs de la Universidad de Harvard, que la transición en Cuba ya comenzó “lenta y sigilosamente”. Pero, añade, es un proceso dilatado y frustrante que sorprendentemente casi todos niegan: el gobierno de La Habana porque su discurso oficial sigue siendo la continuidad del “proceso revolucionario”, lo contrario sería dar sensación de debilidad, y los sectores dominantes del exilio de Miami tampoco aceptan que haya cambios porque si ésa fuera la realidad podrían producirse modificaciones de la política de los Estados Unidos hacia Cuba.

Creo, y así lo he mantenido en varios artículos o conferencias, que los discursos más duros de La Habana y Miami se alimentan mutuamente, se necesitan para sobrevivir, son estrategias complementarias, cada una necesita de la opuesta para justificarse. Los que no están, o no estamos, ni con

Luis Yáñez - Barnevo

unos ni con otros, dentro o fuera de Cuba, sentimos cómo en esta década nuestro margen de maniobra se estrechó, que los que apostamos por la transición económica y política, pacífica, pactada, basada en la reconciliación y en el fin del embargo, fuimos desplazados por la política del garrote y la confrontación. Y sin embargo estoy convencido, aunque no pueda probarlo, que la inmensa mayoría de los cubanos desea aquella vía y no ésta. Que el pueblo cubano intuye que las situaciones malas son siempre susceptibles de empeorar y eso es lo que puede ocurrir en Cuba si se impone definitivamente la política del enfrentamiento.

El Presidente de la República Oriental del Uruguay, Julio María Sanguinetti, supo sintetizar muy bien la política que estoy describiendo. Dijo “toda política de acoso, de bloqueo, de asfixia, perjudica en primer lugar a la población a la que se pretende ayudar, y da argumentos de resistencialismo, de numantismo, de dignidad herida, a los gobernantes que se pretende doblegar. Por el contrario, las políticas que formulan las aperturas económicas, las inversiones, el comercio, el turismo, oxigenan a los países, los ventilan, y al abrirlos a su entorno los hace más influenciables, más permeables. La apertura económica termina por generar cambios políticos. Es lo que ocurrió en España, en Chile, en Argentina, en tantos sitios”.

Así lo han entendido inteligentemente la diplomacia vaticana y la Iglesia católica en Cuba al conseguir que el Papa visite la isla en enero del 98. Creo que ése es el camino. Un camino que no es de rosas, que está lleno de dificultades, que tendrá avances y retrocesos, pero por el que hay que transitar con decisión y voluntad política. El hipotético proceso de transición debe ser protagonizado por los propios cubanos de dentro y fuera de la isla y ser ayudado por los que no somos cubanos o, por lo menos, no entorpecido por terceros países. Todas las transiciones que han tenido éxito, empezando por la española, se han basado en las cesiones de todos, en contar con todos, de dentro del régimen anterior y de la oposición interna y externa, en la renuncia a todo ajuste de cuentas, en mirar al futuro y no al pasado.

Es cierto que después de algunas reformas económicas en el 93 y 94 el gobierno cubano no ha emprendido nuevos cambios ni en el terreno político ni en el económico, bien al contrario la situación se ha endurecido con nuevas detenciones como las de los últimos días. Pero tampoco las posiciones desde fuera han evolucionado en el buen sentido en los últimos años: la aprobación por el Congreso norteamericano de la famosa ley Helms-Burton y su firma por el presidente Clinton, contrario hasta entonces de su formulación, ha endurecido el embargo y, lo que es aún más grave, establecido por un país extranjero las condiciones en las que sería aceptable o no la transición democrática en Cuba.

Los autores e inductores de la citada ley han hecho un flaco favor a la causa de la democracia cubana. La historia ha demostrado que los cubanos nunca aceptarán una situación impuesta desde fuera por una potencia extranjera. La fuerza indudable, numérica y de peso social y económico, del exilio cubano en los Estados Unidos sería mucho más efectiva si se usara para influir ante Washington por un cambio de política, más sutil e inteligente en relación a Cuba de la del ya prolongado y fracasado embargo que dura más de treinta años.